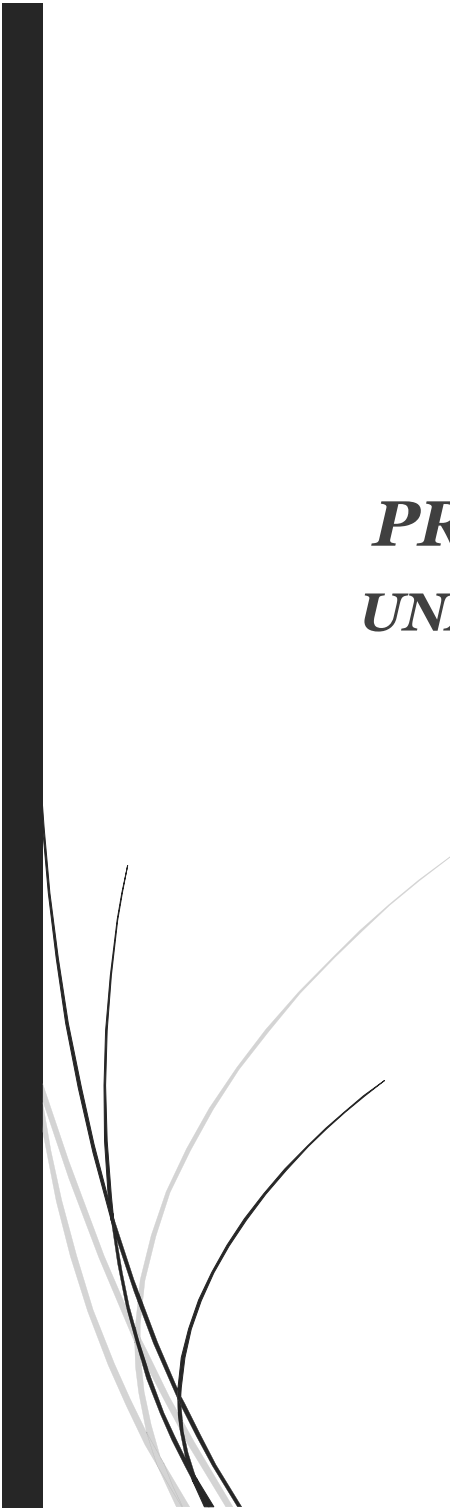


La Presidenta

***LA
PRESIDENTA
UNA NUEVA ERA***



E. Larby

***LA
PRESIDENTA
UNA NUEVA ERA***

E. LARBY

E. Larby

Autor: E. Larby

Diseño de cubierta: AI

ISBN: 9789403927893

© E. Larby

Año: 2026

Editoriales: Bookmundo, Ingramsparks

Web: publish.mibestseller.es/elarby

e-mail: e_larby@hotmail.com

DEDICATORIA

*A mi esposa Lilia, mis hijos Ernesto y Tatiana y
mis nietos Alexan, Mika, Roy y Johan Junior.*

*Especialmente a mi nieta preferida Mika —es la
única que tengo— por su graduación, con honores, en la
prestigiosa Princeton University.*

E. Larby

ÍNDICE

<i>I</i>	<i>UNA NUEVA ERA</i>	<i>1</i>
<i>II</i>	<i>LOS ORÍGENES</i>	<i>79</i>
<i>III</i>	<i>LA MÁQUINA DEL FANGO</i>	<i>131</i>
<i>IV</i>	<i>EL ABUELO PATERNO</i>	<i>173</i>
<i>V</i>	<i>EL PADRE</i>	<i>219</i>
<i>VI</i>	<i>EL PRINCIPIO DEL FIN</i>	<i>247</i>
<i>VII</i>	<i>LA QUIMÉRICA ILUSIÓN</i>	<i>259</i>
<i>VIII</i>	<i>GRATITUD</i>	<i>281</i>

E. Larby

I UNA NUEVA ERA

Las ardillas de los parques Manassas, College y President's de la anodina, tranquila y sosegada ciudad de Washington D. C. seguían con su rutina diaria: la búsqueda de comida y el deambular de árbol en árbol. Sin embargo, las que poblaban la arboleda del parque del Capitolio estaban curiosas. Se preguntaban: «¿Qué pasa este lunes 20 de enero de 2053? Este incesante ir y venir de lujosas y largas limusinas... este inusual trajín de gentes, policías y agentes de seguridad»

Ellas —las ardillas— no veían la televisión, ni escuchaban la radio, y tampoco habían detectado ningún atisbo de movimiento telúrico que les permitiera saber el porqué de esa inusitada y frenética actividad.

Los habitantes de la ciudad sí sabían que ese bullicio, ese nerviosismo y esa excitación se producían cada cuatro años con motivo de la toma de posesión del nuevo —o reelecto— presidente de la nación más poderosa del mundo: los Estados Unidos de América (USA).

Y aunque los más antiguos del lugar ya estaban vacunados contra este hecho, esta vez la mañana de ese lunes de enero del año de gracia de 2053 tenía algo especial.

Por primera vez en sus más de 275 años de historia, el nuevo presidente —el número 52—, venciendo la represora tradición machista —como diría una feminista histriónica—, no sería un circunspecto y encartonado varón, sino una mujer joven y llena de vitalidad —que había destronado a la sempiterna gerontocracia—. Para más inri y añadir más leña al fuego, se trataba de una mujer que no era genuinamente americana —como esa tradicional bebida refrescante—, sino de ascendencia hispanoárabe.

LOS NUEVOS TIEMPOS

Los votantes americanos parecían haberse cansado de elegir a viejos dinosaurios—al parecer— uno no podía caminar y mascar chicle al mismo tiempo; otro tenía querencia por rodar escaleras abajo cuando salía del avión presidencial —el *number one*—; y el de más allá tenía un ego tan desmedido que, no se resignaba a ceder el protagonismo a los jugadores de fútbol que celebraban su triunfo en la competición mundial de ese deporte en el lejano 2026. El más patético de todos era la figura de aquel presidente que, con irrefutables síntomas de padecer Alzheimer, se empecinaba en presentarse a la reelección.

Al parecer —solo al parecer— la abotargada sociedad estadounidense había despertado de su largo letargo y había decidido que la nación necesitaba un cambio de rumbo.

Comenzar una nueva era, una nueva conquista no ya del oeste, sino de las esencias del país.

LA TOMA DE POSESIÓN

La avenida Pensilvania, que conduce a la explanada del Capitolio donde se celebraría la ceremonia de toma de posesión, veía el ir y venir de las lujosas y largas limusinas como si fuera un desfile de marcas automovilísticas.

Nadie podía vislumbrar, por sus cristales tintados, quién o quiénes viajaban en su interior, pero en cada una de ellas iba alguien importante.

El amanecer trae un aire frío y húmedo del cercano río Potomac, pero las calles están repletas de gente: familias enteras que han ido a conocer el ambiente y tratar de ver algo de la ceremonia; diplomáticos de menor rango que no han tenido el privilegio de haber sido invitados; veteranos de las mil y una guerras en las que su país ha estado inmerso.

Una riada humana se dirige hacia la explanada del Capitolio; nadie quiere perderse un acontecimiento que será histórico.

La presidenta electa asciende los escalones del Capitolio acompañada de su familia. Su vestimenta combina elegancia y discreción: luce un traje chaqueta de un blanco impoluto y una bandera de su país en la solapa. Lleva una blusa de seda negra con un bordado geométrico inspirado en la artesanía andalusí, un guiño a sus raíces.

A su lado caminaba su madre, con un pañuelo discreto —en tonos tierra— cubriéndole la cabeza, porque, aunque era una mujer moderna, quiere —ella también— lanzar un mensaje recordando sus ancestros. Su padre avanzaba con la emoción contenida de quien sabe que la vida, a veces, da giros que ni los sueños anticipan.

En la tribuna de invitados se reúnen expresidentes, líderes del Congreso, magistrados del Tribunal Supremo y delegaciones internacionales. La expectación es palpable.

Y a todos les llama la atención la sencillez y la naturalidad con que se maneja la presidenta electa. Camina sin prisa, como si diera un paseo para reunirse con una vieja amiga. Su porte es erguido —pero no envarado—, como requiere la histórica ocasión.

EL JURAMENTO

El *Chief Justice* sostiene la Biblia y el texto constitucional. Ella coloca la mano derecha sobre un libro que ha elegido personalmente: una Biblia familiar con anotaciones en español y árabe hechas por cada una de sus abuelas hace ya muchos años.

El público guarda un silencio absoluto.

«I do solemnly swear that I will faithfully execute the Office of President of the United States...» («Juro solemnemente que desempeñaré fielmente el cargo de presidente de los Estados Unidos...»)

Pronuncia el juramento con voz firme y, al mismo tiempo, dulce, sin temblor, que suena bien a los oídos. Cada palabra parece asentarse en el aire como una piedra en un río. Cuando termina, todo el público estalla en aplausos, vítores, lágrimas, abrazos. No es solo la toma de posesión de una presidenta: es la confirmación de que el país ha ampliado su espectro y ahora refleja más rostros, más historias, más acentos.

Así es como Madeline Rashid Tejedor se convirtió en la 52.^a presidenta de los Estados Unidos de América.

Lentamente se acerca al atril para dirigirse a la nación.

El viento le mueve un mechón de su rubio cabello. Hace una pausa, mira al frente y, sin consultar las notas mecanografiadas, comienza a hablar, sin gestos grandilocuentes —tan comunes en los políticos profesionales—. Su tono es directo, casi íntimo, como si conversara con cada persona allí presente.

DISCURSO INAUGURAL

*«Señoras y señores,
Miembros del Congreso,
Representantes de nuestras instituciones,
Ciudadanos de esta nación diversa y extraordinaria:*

Comparezco hoy ante ustedes con humildad, con gratitud y con una profunda conciencia del momento histórico que compartimos. Este país, que ha sido hogar de generaciones de soñadores, trabajadores, científicos, agricultores, maestros, inmigrantes y servidores públicos, me otorga hoy el honor y la responsabilidad de servir como su presidenta. A todos ustedes, sin excepción, les doy las gracias».

El mandato democrático

«El poder que hoy recibo no es mío: es de ustedes.

Nace del voto libre, de la confianza depositada en nuestras instituciones y del compromiso colectivo con la Constitución. Agradezco a quienes me apoyaron y también a quienes no lo hicieron. La democracia no exige unanimidad; exige respeto, exige convivencia, exige que nos reconozcamos como parte de un mismo proyecto nacional».

«Hoy reafirmo mi compromiso de gobernar para todos, sin exclusiones, sin etiquetas, sin prejuicios. La unidad no significa uniformidad: significa propósito compartido».

La mirada sociológica: gobernar escuchando

«Mi formación en sociología me enseñó algo esencial: las sociedades no se transforman desde la distancia, sino desde la escucha.»

Aprendí que detrás de cada estadística hay una vida; detrás de cada tendencia, una historia; detrás de cada conflicto, una comunidad que busca ser comprendida.

Gobernar exige rigor, sí, pero también empatía. Exige datos, pero también exige humanidad. Exige reconocer que nuestras desigualdades no son abstracciones: son realidades que afectan a millones de familias. Exige entender que la movilidad social, la educación, la salud, la vivienda y la seguridad no son temas técnicos: son pilares de la dignidad humana.

Mi compromiso es claro: políticas basadas en evidencia, diseñadas con la gente y para la gente».

El legado de los derechos civiles

«Mi carrera en diversas ONG me enseñó que la política es servicio, no espectáculo.

En ellas aprendí que la justicia no es un concepto: es una práctica diaria. Que los derechos civiles no son negociables. Que la violencia política, el odio y la discriminación no pueden tener cabida en una democracia madura.

Hoy reafirmo ese legado.

Defenderé a las minorías, a los trabajadores, a las mujeres, a las comunidades vulnerables, a quienes han sido históricamente invisibilizados.

Protegeré la libertad de expresión, la libertad de prensa, la independencia judicial y el derecho de cada ciudadano a vivir sin miedo.

La democracia es frágil cuando se olvida de los más débiles».

«Mi gobierno no lo olvidará».

«Permítanme hablar desde lo personal.

Soy hija de una historia que cruza océanos. Mis raíces españolas me enseñaron el valor del esfuerzo, el respeto por la palabra dada, la importancia de la familia y la convicción de que la esperanza siempre encuentra camino.

A quienes llegaron a este país buscando oportunidades, a quienes trabajan dos empleos para sacar adelante a sus hijos, a quienes mantienen vivas sus lenguas, sus tradiciones y sus sueños: este gobierno los ve, los escucha y los respeta. Yo soy hija de dos de esos esforzados pioneros».

«Como decía mi abuelo: "No hay futuro sin memoria"».

«Hoy traigo esa memoria conmigo, no como bandera identitaria, sino como recordatorio de que Estados Unidos es fuerte porque es plural».

Agenda de gobierno: responsabilidad y claridad

«Hoy comienza un trabajo serio, concreto y urgente.

Mi administración se centrará en seis temas prioritarios:.

- *Fortalecer nuestras instituciones democráticas, garantizando transparencia, independencia y estabilidad.*

- *Impulsar la movilidad social, con una reforma educativa que reduzca brechas y amplíe oportunidades.*

- *Construir una economía sostenible, que combine innovación tecnológica, empleo digno y protección del medio ambiente.*

- *Reforzar la seguridad nacional, con políticas basadas en inteligencia, cooperación y respeto a los derechos humanos.*

- *Librar una lucha sin cuartel contra los clanes de la droga, a los que consideraremos enemigos de nuestra nación.*

- *Renovar nuestra política exterior, fortaleciendo alianzas y defendiendo la democracia en el mundo».*

«No prometo milagros. Prometo trabajo. Prometo rigor. Prometo responsabilidad».

«La democracia no es un escenario: es una tarea.

No puede sostenerse solo desde el gobierno. Necesita ciudadanos activos, comunidades fuertes, instituciones confiables y un compromiso colectivo con la verdad.

Les pido que participen, que cuestionen, que propongan, que se involucren.

Les pido que no cedan al cinismo, que no se resignen, que no permitan que el ruido sustituya al diálogo.

Este país ha superado guerras, crisis económicas, pandemias, divisiones profundas.

Lo ha hecho porque su gente nunca ha renunciado a la idea de que juntos somos más fuertes».

«¿Qué país quiero?

Un país que se reconoce en su diversidad».

Y, en un guiño a sus raíces, —la comunidad hispanoparlante alcanza los noventa y ocho millones de habitantes y representa el 25 %—, dice en español:

«Este país es de todos».

Y con una cadencia suave dice en árabe:

«La fuerza nace de la convivencia. — Al-quwa tanbadu min al-ta'ayush—». La población musulmana se aproxima a los diez millones.

No es un gesto calculado. Para ella es natural expresarse en los diferentes idiomas que domina.

«Hoy no comienza mi presidencia: comienza nuestra responsabilidad compartida.

No seré la presidenta de un grupo, de una región, de una identidad o de una ideología. Seré la presidenta de todos los ciudadanos de los Estados Unidos.

Con humildad, con firmeza y con esperanza, les digo:

Construyamos un país más justo, más estable, más consciente de su diversidad y más fiel a sus principios.

Que la memoria nos guíe.

Que la justicia nos inspire.

Que la democracia nos una.

Muchas gracias.

Que Dios bendiga a los Estados Unidos de América».

Cuando termina, el Mall estalla en aplausos. No es solo una transición de poder: es un símbolo de pluralidad nacional.

Ha hablado de unidad, de responsabilidad, de futuro; de cómo un país puede ser fuerte sin ser rígido, diverso sin ser frágil.

Unidad en la diversidad.

Innovación tecnológica y justicia social.

Relaciones internacionales basadas en la cooperación, no en la confrontación.

La responsabilidad de liderar sin olvidar el origen.

Promete que todos sus esfuerzos se dirigirán a erradicar —y enfatizó la palabra— esta lacra que es la drogadicción. Emulando al líder cartaginés Aníbal, que juró odio eterno a Roma, ella promete lucha a muerte contra los cárteles de la droga que, silenciosamente, están asesinando a miles —millones— de jóvenes americanos y socavando los cimientos de la democracia.

Y lanzó un aviso a navegantes: «Todo país que no colabore activamente con los Estados Unidos en esta cruzada será considerado enemigo y será tratado como un agresor contra la soberanía de nuestro país».

LA REVISTA

Pacifista por naturaleza, en un acto de respeto institucional pasa revista a las tropas e inclina la cabeza — en un respetuoso saludo— ante la enseña nacional.

Estrecha la mano a los oficiales al mando de cada unidad. Entre ellos —soldados y oficiales— hay hijos de emigrantes, una mezcla heterogénea, reflejo de lo que es el país.

Ella camina un tramo, saludando a la multitud. La emoción es visible: para muchos, es un momento histórico que no creían poder ver en toda su vida.

Por la noche, los bailes inaugurales mezclan música clásica, jazz y ritmos latinos. La presidenta abre el primer baile con su pareja mientras miles de cámaras capturan el momento.

Bien avanzada la velada, en un espontáneo acto de naturalidad, pide a la orquesta que —por enésima vez— entone los acordes de la «Macarena» y, como si fuera una adolescente de quince años, se contonea con su pegadizo ritmo.

LLEGADA A LA CASA BLANCA

Antes de cruzar el umbral, se detiene; no son dudas: es un respeto reverencial. Va a entrar en el recinto que se ha convertido en la mansión del guardián de la libertad y la democracia.

Respira hondo. Sabe que la historia no empieza hoy, pero sí que cambia de rumbo.

En el Salón Este, un selecto grupo de científicos, artistas, líderes comunitarios, deportistas de élite y representantes de organismos civiles y ONG la espera. Es una recepción especial.

Durante unos segundos, se queda sola en el vestíbulo, mirando el suelo de mármol, escuchando el eco de sus propios pasos.

En su primer día en el Despacho Oval, al atardecer —después de una agotadora jornada de trabajo—, tuvo un momento de relajó.

Mirando por la amplia cristalera, con la mirada perdida en la lejanía, se preguntó: «¿Cómo ha llegado hasta aquí una mujer cuyas raíces se remontan a un lugar recóndito e ignorado del mundo, como era el pequeño pueblo cántabro de Casar de Periedo?».

Aunque no conocía mucho —realmente nada— de la historia de sus antepasados, sí tenía un nítido recuerdo de su abuelo paterno. De hecho, aún conservaba en algún sitio de su amplísima biblioteca los libros que su abuelo había escrito y que le había dedicado cuando ella aún era una adolescente.

Sí recordaba todavía cuando sus padres, en verano, la llevaban a ese pueblo: la extraña sensación —ella era hija del asfalto— de pisar la hierba fresca de la finca de su abuela; la excitación que le produjo cuando vio por primera vez a las vacas de verdad; y cómo su abuelo, ahuecando las manos, recogía el agua de la fuente para que ella bebiera.

Se prometió —si algún día encontraba tiempo— ahondar en estos recuerdos, echar la vista atrás, saber de dónde venía.

Su primera reunión de trabajo fue con el director de la DEA —*Drug Enforcement Administration*—, organismo dedicado —a nivel internacional— a la lucha contra ese flagelo moderno del tráfico de drogas.

«Señor director —dijo la presidenta—: desearía que, a la mayor brevedad posible, me presente un amplio plan para —si no erradicar— minimizar el impacto de esta plaga en nuestra sociedad. No repare en medios ni en espacios de actuación; actuaremos allá donde sea necesario, con el beneplácito o sin él del país que creamos que colabora, permite o es benevolente con los cárteles».

«Voy a pedir al secretario de Defensa que forme una unidad especial de comandos para actuar allende nuestras fronteras. Por favor, reúname con él y pergeñen los planes necesarios. Este es un trabajo de equipo y les pido la

máxima colaboración y entendimiento, por el bien de nuestro país».

Ella nunca ordenaba, nunca imponía su autoridad: todo lo pedía por favor. No exigía: pedía. Pero su interlocutor sentía el peso de su autoridad moral. Sus sugerencias eran órdenes implícitas.

Sin que ella lo sospechase, alguien —en un estudio de televisión— parecía haberle leído el pensamiento.

Nelson Mariñas era director de la sección de sociedad de una importante emisora de radio y televisión, ubicada en Miami, y había hecho su carrera profesional destruyendo las vidas y haciendas de todo aquel que se cruzara por su camino.

Nelson tenía un esqueleto muy enterrado —o eso creía— en su Habana natal. Había sido uno de los más sanguinarios torturadores de la DCI (Dirección de Contrainteligencia), la encargada de la seguridad interior: contraespionaje de servicios extranjeros, lucha contra la disidencia o movimientos antirégimen¹ y lucha contra la corrupción.

Cuando —como las ratas en los naufragios— olisqueó que el chiringuito se caía a pedazos, decidió que era el momento de abandonar la isla, de *hacer mutis por el foro*.

Mariñas se había refugiado en Miami, confundido con el aluvión de cubanos que decidieron exiliarse—o fueron obligados a hacerlo— y con el paso del tiempo —previo pago de su importe, digamos soborno— obtuvo la nacionalidad estadounidense.

Nelson se había convertido en un *influencer*: colgaba vídeos escandalosos en las redes sociales con el ánimo de provocar y escandalizar.

No dejaba títere con cabeza. Había decidido que todo bicho viviente del espectro hispanoparlante, desde México hasta la Tierra de Fuego y desde Perú hasta el extremo más al este de Brasil, sería su fuente de noticias, sin excluir a la España cañí de sus ancestros.

A las ambiciosas y lozanas jovencitas que —cual plantas trepadoras— querían llegar al Olimpo de los dioses con el solo bagaje intelectual de sus atributos femeninos, las humillaba, destrozaba, despedazaba y arrojaba —literalmente hablando— sus trozos a los perros; a los adonis de cabeza hueca los desmontaba pieza a pieza y los destruía.

Con un simple titular sacaba del armario a viejos conocidos, de los que —por sus amaneradas maneras— se sospechaban ciertas inclinaciones sexuales. Los sacaba a la luz, titulando: «El exministro tal, en República Dominicana con su novio»; otro titular era: «El exasesor financiero del presidente del Gobierno español junto a su “íntimo” amigo».

Otro día podía pontificar sobre la «íntima» relación de dos folclóricas españolas, o una fotografía de un afamado director de empresa, que cotizaba en el IBEX 35, recibiendo «masajes» de su secretaria, mientras su esposa hacía juegos de manos con un joven mancebo. O el apasionado beso, en plena pista y después de haber ganado un punto, de dos tenistas femeninas.

El día que publicó una foto de un famoso futbolista, llevado en brazos por un musculoso magrebí, el escándalo fue monumental.

Se había convertido en el *enfant terrible de la jet set*. Verlo aparecer en cualquier lugar de ocio, fiesta o reunión social, y las *celebrities*, aspirantes y sicofantes se echaban a temblar y salían corriendo como almas que lleva el diablo. El pensamiento de todos los presentes en estos actos era el mismo: «Qué va a sacar este grandísimo hijo de puta, que no es más que un cabrón con pintas».

Los gays que todavía no se habían atrevido a salir del armario le tenían auténtico pavor. A Nelson no le gustaba ese palabro; él los seguía definiendo con los viejos y obsoletos epítetos: «ese es de la cáscara amarga», «pierde aceite» o «es de la acera de enfrente».

Y en su sórdida personalidad había un colectivo al que odiaba y despreciaba por encima de todos, y no se recataba en mostrar este sentimiento. Era el colectivo de la gente de color: decía siempre que tenía ocasión —y era casi a diario—: «El hombre desciende del mono, y el negro de los árboles».

Una aguda y eficaz psicóloga, analizando los rasgos faciales de Nelson, llegó a la conclusión de que los antepasados del periodista habían sido negros y que, tras una serie de mezclas con blancos, había desaparecido su color pero no sus rasgos.

Mucho atrás, en el siglo XX, se había dado un caso similar: en el que fuera sempiterno director del FBI², un furibundo anti negro pero que había experimentado el mismo proceso blanqueador.

Y con vídeos de esta guisa y su desvergonzada verborrea se estaba convirtiendo en multimillonario.

Con los nativos estadounidenses nunca se atrevió a indagar en sus vidas. Como cobarde que era, el FBI le causaba pavor y evitaba cualquier confrontación con el organismo policial.

Los yanquis, el FBI, eran muy susceptibles con todo lo que se refiriera a sus genuinos súbditos; lo que hicieran estos *malditos emigrantes* no era de su incumbencia. Si se mataban entre ellos, mejor que mejor: un invasor menos.

Nelson estaba merodeando —práctica habitual en él— por uno de los tugurios —más bien lujoso local de diversión— de Miami, donde se daban cita todas las *celebrities* afincadas en la ciudad, cuando fue abordado por un individuo cuya vestimenta y modales *chirriaban* con la elegancia y sofisticación de la concurrencia.

«Señor Mariñas, ¿quiere hacer el favor de acompañarme? Ahí afuera hay alguien que desea hablar con usted».

Nelson fue a objetar algo cuando notó que algo duro y alargado le presionaba el estómago. Sintió ganas de liberar la vejiga. Y, como un corderito que va camino del matadero, inició la marcha.

Aunque su mente se había quedado en blanco por el terror que se había apoderado de él, aún pudo preguntarse: «¿A quién de estos hijos de puta he ofendido tanto que va a llevarme al río para que me bañe con un bloque de hormigón atado a una pierna?»

Pensó en huir, pero desechó la idea: no tenía escapatoria. Pensó en gritar, pero nadie le haría caso.

Como no era creyente, estaba encomendando su vida al diablo cuando, después de caminar unos cien metros, un gorila —con pinta de persona— le abrió la puerta trasera de una de las muchas y variadas limusinas aparcadas y le invitó a entrar.

¿QUIÉN ES MADELINE?

La presidenta es una mujer que aprendió muy pronto que la identidad no es un lugar fijo, sino un territorio en movimiento. Creció entre tres lenguas, tres culturas y tres formas de entender el mundo. Esa tripleta no la fracturó: la afiló.

Dentro del caos, tiene una mente ordenada.

Piensa rápido, pero no de forma impulsiva. Su cerebro funciona como una sala con varias ventanas abiertas: cada idea entra con luz distinta, y ella las ordena sin prisa, como quien clasifica piedras preciosas.

Tiene una capacidad casi quirúrgica para separar lo urgente de lo importante. No se deja arrastrar por el ruido. Cuando otros se aceleran, ella baja el ritmo. Cuando otros gritan, ella baja la voz. Su calma no es pasividad: es estrategia.

Su madre, de origen árabe-francés, tiene mucho que ver con este aspecto de su carácter.

No es autoritaria, pero tampoco complaciente. Su firmeza es silenciosa, casi invisible, como la tensión de un arco antes de soltar la flecha.

Cuando dice «no», no lo repite. No necesita hacerlo.

Es una firmeza suave, un puño de acero con guante de seda.

Su madre le enseñó la paciencia; su padre, la disciplina. Ella convirtió ambas en una forma de liderazgo que no humilla, pero tampoco cede ante la presión.

Su mundo emocional: profundidad controlada.

Siente intensamente, pero muestra poco. No por frialdad, sino por protección. Sabe que la exposición emocional es un lujo que el poder no siempre permite.

Llora muy pocas veces. Cuando lo hace, es en silencio, sin testigos, sin dramatismo. No es una mujer de explosiones, sino de mareas internas.

Su mayor vulnerabilidad es su hija. Noor es el único ser capaz de desarmarla con una pregunta sencilla.

Su memoria es como un archivo viviente.

Recuerda detalles que otros olvidan:

- El olor del pan recién horneado en la casa de su abuela.

- La textura del primer libro que leyó en árabe y el primero que leyó —en español— escrito por su abuelo paterno, con una mención especial a ella en la dedicatoria.

- Cómo respondió al desafío de un compañero de clase que le dijo que una chica no podía tocar la trompeta. Y ella lo hizo.

- La voz de su padre cuando le dijo que no dejara que nadie decidiera por ella.

- Cómo su abuelo paterno le inculcó la idea de no rendirse nunca, y de luchar siempre, y las veces que juntos escucharon la célebre canción «Resistiré».

Algunas estrofas se le quedaron grabadas a sangre y fuego en su mente: «Resistiré erguido frente a todo / Me

volveré de hierro para endurecer la piel / Y aunque los vientos de la vida soplen fuerte / Soy como el junco que se dobla / Pero siempre sigue en pie / Resistiré para seguir viviendo / Soportaré los golpes y jamás me rendiré / Y aunque los sueños se me rompan en pedazos: resistiré, resistiré».

Su memoria no es nostalgia: es brújula. Cada recuerdo es una coordenada que la mantiene centrada cuando el mundo político intenta deformarla.

Su conflicto interno: pertenecer, sin perderse; evitar —a toda costa— verse atrapada en la vorágine del poder.

Toda su vida ha sentido que camina entre dos mundos. Nunca quiso elegir uno. Tampoco quiso que la obligaran.

Ese conflicto —ser de aquí y de allí, de ambos lados y de ninguno— se convirtió en su mayor fortaleza. Le dio una visión panorámica del ser humano: entiende matices que otros no ven, escucha silencios que otros no detectan.

Pero también le dejó una herida fina, casi imperceptible: la sensación de que siempre debe demostrar algo más que los demás.

Su relación con el poder es de respeto, no de fascinación.

No idolatra el poder. Lo considera una herramienta peligrosa que debe manejarse con precisión.

No le interesa la gloria, ni la fama ni la historia. Le interesa la responsabilidad.

Cuando entra en una sala llena de autoridades, no piensa en jerarquías. Piensa en consecuencias.

No es una persona solitaria; es sociable cuando debe serlo, pero su naturaleza es introspectiva. Necesita momentos de silencio para reorganizar su mente.

A veces, en la Casa Blanca, se queda despierta hasta tarde, caminando por los pasillos vacíos. No busca respuestas: busca equilibrio.

La soledad no la asusta. La calma.

Su identidad hispanoárabe no es un adorno ni un símbolo político. Es la fuente de su resiliencia.

De un lado heredó la capacidad de resistir. Del otro, la capacidad de adaptarse.

Ella es mezcla. Y en esa mezcla reside su poder.

Aparenta fragilidad, pero los que la conocen —y no son muchos— saben de su fortaleza mental, conseguida a base de esfuerzo y perseverancia.

La presidenta no se sostiene solo con agenda, asesores y protocolo. Se sostiene con rituales invisibles, pequeñas prácticas mentales que ha ido construyendo desde la adolescencia para no perderse en el ruido del poder.

Cada mañana, antes de leer informes, asistir a reuniones o atender llamadas, se concede un minuto de silencio absoluto. No medita. No respira de forma especial. Solo se queda quieta.

Es su forma de «encender» la mente sin que el mundo la invada.

Cuando se enfrenta a una decisión difícil, repite mentalmente las tres preguntas que heredó de su madre:

- ¿Qué es lo correcto?

- ¿Qué es lo necesario?
- ¿Qué es lo que puedo argumentar?

Si una respuesta contradice a las otras dos, sabe que debe seguir pensando y puliendo el tema.

Cuando la presión se torna asfixiante, imagina que su mente hace *zoom* hacia atrás, como una cámara que se aleja de la escena.

Ve el problema desde arriba, como si fuera un mapa visto desde un satélite.

Este truco le permite distinguir lo estructural de lo anecdótico.

Tiene una costumbre peculiar: cada vez que vive un momento intenso —bueno o malo— lo «archiva» mentalmente con una frase corta.

«No hay mal que dure cien años. Esto también pasará».

«Recuerda quién eres y de dónde vienes».

«No respondas en caliente, la venganza —ella nunca dice venganza, sino respuesta— es un plato que se sirve frío».

Es su forma de evitar que las emociones gobiernen las decisiones.

A veces, cuando la Casa Blanca duerme, camina por los pasillos en silencio. No busca inspiración: busca proporción.

El poder, visto de noche, parece menos gigantesco.

Ese paseo es su forma de recordar que sigue siendo humana.

Antes de echarse a dormir, elige cuál será su último pensamiento del día.